

Soñar con el número 230 y deseo de vivir

Mayo-Noviembre 2006

Diana Silvia Cantis-Carlino

La noche del 5 de mayo, Azul soñó con el número 230. Trató de conectar el número soñado con otros números, trató de encontrarle algún sentido. Sus años de psicoanálisis la habían convencido que no se sueña con un número por mera casualidad. Siempre hay en juego algún sentido oculto, sobre todo en un número tan preciso.

Sí, no había duda, había soñado con el 230. Lo pronunció en voz alta para ver si la palabra *doscientostreinta* se podía descomponer en otras palabras. Como “cincuenta”, que es “sin cuenta”. Pero no, no pudo encontrar ninguna asociación válida. Entonces pensó que el número representaba los días que le quedaban de vida. Azul venía luchando contra un cangrejo impiadoso desde hacía siete meses. Calculó que los 230 días desde la noche del sueño se cumplirían el 15 de diciembre.

Mientras tanto qué hacer. Se preguntó una y otra vez: ¿Qué debo hacer?, ¿qué puedo hacer?, ¿qué quiero hacer? Recordó el cuento de Borges: “El Milagro Secreto” en que el condenado a muerte le pide a dios un año de vida para terminar su libro. Y que en el instante del fusilamiento vive subjetivamente ese año y el milagro le fue concedido.

Azul también había querido hacer un libro, dejar un libro que, como tener un hijo y plantar un árbol, se habían convertido en una meta valiosa de su vida para trascender y dejar algo a los que vendrían. Tener un hijo: trascender la propia finitud. Tuvo dos hermosas e inteligentes hijas y plantó muchos árboles pero, ataduras internas la bloquearon para la escritura y en ese momento de su vida le dolía no haberse animado a escribir más en ficción. Que era como privarse de un placer inmenso. Tironeada entre sus dos amores, lo científico y lo ficcional, le dio más tiempo y espacio al primero.

Tener un hijo, plantar un árbol, escribir un libro...

Escribir un libro es dejar testimonio fragmentario y recreado de la propia vida, saldar la deuda con uno mismo y trascender a los demás.

Trabazones poco conscientes le señalaban a Azul que tenía miedo a mostrarse, su ideal de perfección estaba muy alto, demasiado alto, más alto que una sequoia. Casi inaccesible. Aunque tenía miedo a nadar en lo hondo de la pileta, pudo aprender a nadar pero una crisis de angustia en el medio de la pileta olímpica la volvió a acorralar al borde para tener de dónde tomarse cuando no hacía pie. A veces tenía miedo a comunicarse con los demás en otro idioma. Muchas cosas había dejado sin poder terminar por no animarse a comprometerse a fondo.

Con el análisis, el miedo al avión se lo curó. Y pudo disfrutar de muchos viajes y conocer muchos lugares.

Y ahora, en lucha contra el cangrejo, quería enfrentar el miedo a soltarse a escribir y hacer el libro.

Escribir era como tener un hijo o plantar el árbol. Plantar un árbol: es dejar para los otros que la seguirían, todo lo que dan los árboles: oxígeno, madera, alimentos, flores, frutos, frescura, sombra, un cobijo para que los pájaros pudieran anidar, bellotas para las ardillas.

De su tronco sale la líber, la pasta para hacer el papel de los libros. Líber, libertad, el que aprende a leer se vuelve libre.

Un árbol, un lugar para que los niños hagan las rondas, y jueguen a las escondidas. Azul pensó que un hijo, sus hijas, un árbol y un libro habían sido parte en su vida de un mismo universo íntimo, secreto e infinito, donde los elementos se ordenaban cósmicamente.

Tiempo después Azul pensó en la enorme influencia que tienen las creencias en la expectativa de la vida y en la determinación de la muerte. Y se acordó del conmovedor cuento de O'Henry "La última hoja". En esta historia las protagonistas son dos jóvenes estudiantes de Bellas Artes, Johnsy y Sue, que vivían modestamente en una habitación de alquiler en el East Village de New York a comienzos del siglo veinte. En un piso superior vivía un pintor fracasado, hombre de alrededor de sesenta años, Behrman, con una barba como la del Moisés de Miguel Angel, quien era muy aficionado a la bebida. Behrman nunca había podido pintar nada en su vida pero decía, mientras limpiaba sus pinceles sin uso alguno, que algún día iría a hacer una obra maestra. Para ganarse la vida se ofrecía como modelo de los estudiantes, entre ellos por supuesto de Johnsy y Sue.

En el invierno, Johnsy se enfermó de neumonía, en una época muy

anterior a la de los antibióticos. El médico que la atendió le dijo a Sue que Johnsy tenía una chance sobre diez y que esa chance era tener deseos de vivir. Pero Johnsy estaba sin ese deseo, no quería comer y se pasaba el día mirando por la ventana al pequeño patiecito que daba a su cuarto. Una mañana, Sue vio que Johnsy contaba en voz alta una cuenta regresiva. Ante su pregunta Johnsy le explicó que estaba contando las hojas de hiedra que se estaban cayendo de la pared y que cuando cayera la última hoja ella se moriría. Sue, desesperada, lo llamó a Behrman y ambos vieron que iban quedando muy pocas hojas. Hasta que quedó una sola adherida a la pared.

Esa noche Sue se durmió pensando en que su vida se iría con la última hoja. Una tormenta de frío, viento y lluvia se descargó toda la noche. A la mañana siguiente cuando Johnsy se despertó siguió viendo la hoja de hiedra en la pared. Entonces se arrepintió de su deseo de morir, se incorporó y le pidió de comer a su compañera.

Por otro lado durante un par de días no lo vieron al Sr Behrman. Sue se enteró y le contó a su amiga, que ya se estaba reponiendo, que el Sr. Behrman había sido hospitalizado con una grave neumonía y acababa de morir. Pero ahí no terminó el relato. Los vecinos encontraron que sus zapatos y ropas estaban mojados y fríos cuando lo llevaron al hospital. ¿Dónde habría estado esa noche tan destemplada que lo enfermó? Quizá su paleta y pinceles esta vez sí utilizados, con los verdes y amarillos mezclados, con los mismos colores que la última hoja que seguiría prendida sobre la pared, les diera alguna pista...

El sueño con el número 230 le hace pensar a Azul en los árboles, y en vivencias y recuerdos acerca de los mismos. Siente que un mundo invisible, misterioso y pletórico de vida la liga a los árboles y plantas. Y, queriendo escribir lo que se le va ocurriendo, anota en su cuaderno lo que le viene a la mente:

Azul conoció al amor de su vida y vivió sus primeros orgasmos bajo los árboles.

Un árbol con yemas prometiendo la primavera la curó de una depresión, miró a sus hijitas pequeñas y volvió a sentir deseos de vivir, de amar, de aferrarse a la felicidad de la vida.

Bajo las raíces de una Acacia Nigricans del vivero de Miramar, estaban enterradas las cenizas del papá querido.

Están los misteriosos abridores de carta tallados en madera negra con resonancias recónditas de selva que el tío Samuel le trajo del África y están los árboles de naranjas y pomelos con que el tío Samuel hacía licores.

Está el manzano del abuelo Pedro, que se cruzaba a nado el río Dniéper para recoger manzanas y llevarlas con un aro de alambre alrededor del cuello a su casa de la otra orilla.

Y las palmeras de hojas grandes con las que el tío Luis hacía máscaras.

Estaba el cuento “La Vinca y el Roble” que Azul una vez escribió.

Agua, aire, fuego y madera. Da la madera, madre, para las cunas, las camas para el reposo y el amor, las mesas para compartir la comida. Madera, madre, mamá, mamita, mami.

Volver para ser árbol.

No pedirle peras al olmo.

Los árboles mueren de pie.

El árbol de las balsas y las canoas. El árbol de la Vida, y de la Sabiduría. El árbol del Bien y del Mal.

El árbol que dio la madera al Arca de Noé, que sobrevivió al Diluvio Universal y el ginko biloba que sobrevivió a la bomba atómica de Hiroshima.

Está la higuera de Paula Albarracín, bajo cuyas ramas telaba y telaba para criar a sus hijos, símbolo del esfuerzo y del trabajo.

Están los dulces jacarandaes que en noviembre visten de lila a Buenos Aires, convirtiéndola en una ciudad muy bella y maravillosa.

Está bella “La Balada del Álamo Carolina” de Haroldo Conti, quien soñó que era árbol y pensó en un mundo mejor y que fue asesinado por la dictadura militar.

Está el árbol a orillas del Río Correntoso, donde Azul y su familia acamparon y en sus ramas colgaron una provoleta y un lomito ahumado que les robaron.

Está el árbol para trepar, contar a las escondidas. En un árbol, junto con Coty, su amiga de la adolescencia, se leyó “Sinhué el Egipcio” y bajo la sombra de un pino en Valeria del Mar se leyó de un tirón “Cien años de soledad”.

Está el árbol del ahorcado. Y la madera de los ataúdes.

Están las palmeras datileras que alimentan a los nómades.

Están los bosques petrificados, y la Sequoias milenarias y, las Araucarias gigantes. En Merlo, San Luis, está el centenario árbol El abuelo.

Están los pirograbados en madera de la tía Juanita.

En los árboles donde viven los duendes, las pequeñas hadas de Anne la de Tejados Verdes.

Azul también tenía creencias sobre su muerte cercana e inexora-

ble, aunque también pensaba que se iría a curar. ¿Era ella también una condenada a muerte?

Decía Carpe Diem, Carpe Diem. Ahora vivo y lo disfruto. Pero por momentos, un huracán de angustias la envolvía y afloraba la melancolía. O la tristeza.

Cuando hizo un brindis y tuvo que pensar en deseos pensó en buenos deseos para los demás, para sí misma estaba su deseo de vida, pero ¿no sería un deseo egoísta?, se preguntó.

La enfermedad la había vuelto algo narcisista. Su cuerpo a veces le daba señales que se le aparecían como aterradoras y temía estar al borde del colapso final. Mientras tanto seguía trabajando, daba clases, paseaba, hacía el amor con su marido, reconocía las ayudas recibidas, valoraba los amigos leales. Seguía viviendo y haciendo su tratamiento.

Pero la espada de Damocles pendía sobre su cabeza. Le aterraba el posible dolor físico asociado a su enfermedad. Recordaba el sufrimiento de una tía muy querida.

Así llegó al 15 de diciembre. Azul no se murió ese día.

Esa noche deseó soñar con el número 1234.